

Michel-Rolph TROUILLOT, *Silenciando el pasado. El poder y la producción de la Historia*, Granada, Comares, 2017. 152 pp. ISBN: 978-84-9045-513-5

No abundan los libros que aporten reflexiones teóricas sobre el oficio de historiador. En España prácticamente nos surtimos de traducciones de autores de otros países que afrontan esta faceta de un oficio tan zarandeado por los usos y abusos que se realizan cotidianamente del pasado. Hasta los clubes de fútbol usan su historia para medirse en triunfos, o incluso para exaltar el heroísmo de sus derrotas. De los usos del pasado que hacen las instituciones y los diferentes idearios, sean políticos o culturales, sabemos de sobra que constituyen un factor de presencia constante en casi todos los relatos, discursos y debates.

Por eso es importante este libro. Su título expresa claramente la intención del autor y se comprende mejor la disposición y el designio de la obra si se considera el contexto del autor. Michel-Rolph Trouillot es un antropólogo haitiano, fallecido en 2012, con 62 años. Tuvo que exiliarse por enfrentarse a las dictaduras de los Duvalier padre e hijo, que mandaron en Haití hasta 1986. Se formó en Estados Unidos y llegó a catedrático en Chicago, con publicaciones muy relevantes sobre la economía caribeña, el campesinado y el nacionalismo durante el siglo XIX y, por supuesto, sobre la revolución haitiana desarrollada entre 1791 y 1804. Justo sobre este tema versó su obra más influyente, publicada en 1995, que ahora afortunadamente traduce la editorial Comares. Refleja tanto las encrucijadas sociales y científicas del autor entre Haití y Estados Unidos, entre la Historia y la Antropología, como la trabazón de diferentes sociedades y culturas de Europa, África y América, unidas todas estas experiencias y realidades en un factor común: la esclavitud que expolió el continente africano, enriqueció a los países europeos y cambió la faz demográfica y cultural del continente americano.

De semejantes experiencias surge esta obra como reflexión sobre el funcionamiento de la Historia, ciencia en la que no sólo existe el conocimiento de lo que ocurrió en el pasado sino que ese conocimiento se solapa con el modo de transmitirlo y recordarlo. Tres méritos cabe destacar en esta obra de Trouillot. Por un lado, al analizar el papel de la revolución haitiana en la historiografía occidental, eleva sus reflexiones no solo a las formas de intervención del poder sino que se adentra en los silencios que existen siempre en las aspiraciones teóricas de objetividad. En segundo lugar, supera las perspectivas de las historias nacionales que fragmentan el pasado en cápsulas reconcentradas en sí mismas, y plantea, en contrapartida, la exigencia de una perspectiva global que relacione los hechos, los continentes y países, los siglos y las relaciones de dominio entre clases, etnias, culturas. Por último, esta obra alcanza hasta nuestro presente cuando literalmente Trouillot expresa que “las injusticias infringidas a las generaciones anteriores deben ser reparadas... pero centrarnos en el pasado a menudo nos desvía de las injusticias presentes”, y en tal

supuesto, los historiadores académicos no pueden mantenerse imparciales, a sabiendas de que “el presente no es en sí mismo más transparente que el pasado” y de que “la Historia no pertenece sólo a sus narradores, profesionales o aficionados”, porque “mientras que algunos de nosotros debatimos sobre qué es la Historia, otros la cogen en sus manos” (pp. 130-133, *passim*).

Trouillot analiza casos muy reveladores como los debates existentes sobre El Álamo o la esclavitud y la guerra de Secesión en los Estados Unidos. No sólo intervienen historiadores, sino también líderes políticos, religiosos, étnicos y, por supuesto, los medios de comunicación, las asociaciones creadas con tales motivos y, en general, toda la ciudadanía. Es tal el cúmulo y variedad de sujetos narradores que esta multitud de relatos dejan al descubierto las limitaciones del papel de los historiadores y el valor de la Historia como ciencia. Todas las personas tienen “una comprensión pretemática de la Historia que funciona como trasfondo en su experimentación del proceso social” (p. 17), sostiene Trouillot, de modo que no puede limitarse la producción de conocimiento histórico sólo a las prácticas de los historiadores profesionales. En este sentido afirma que “todos somos historiadores aficionados con varios grados de conciencia sobre nuestra producción” y además “aprendemos historia de otros aficionados”, porque las universidades y las editoriales de reconocimiento académico no son el único espacio de producción de relatos sobre el pasado. Comenta un dato muy elocuente, que en las tiendas de El Álamo media docena de libros de historiadores aficionados se venden más que los gorros de mapache, con un monto de casi medio millón de dólares al año.

Por eso propone que el valor de un hecho histórico y de sus posteriores relatos no pueden ser comprendido sin tener en cuenta “tanto el contexto de su producción como el contexto de su consumo” (p. 127). En definitiva, todo hecho social y todo lo transmitido sobre ese hecho constituye siempre un acto de comunicación y, como tal, tiene una estructura y un carácter hipertextual en cuanto que se relaciona con otros textos y también con otros acontecimientos. Los historiadores, en consecuencia, no deberíamos olvidar al público, cuya naturaleza tan plural y cuya lecturas tan dispares zarandean la “comodidad angelical” de los historiadores instalados en la “seguridad inmutable del pasado”.

Son muy reveladoras a este respecto las páginas en las que analiza la forma en que Disneylandia trató de representar el pasado de esclavitud en los Estados Unidos. Ocurrió cuando trató de instalar un nuevo parque en el norte de Virginia. A sabiendas de que el turismo medioambiental e histórico constituyen un foco de atención creciente, Disney incluyó la esclavitud afroamericana como una atracción turística. Los activistas afroamericanos rechazaron la idea, otros argumentaron que los blancos no podían ni entender ni explicar dicha tragedia, y otros pensaron que era mejor no hacerlo. La empresa Disney quiso tranquilizar a todos y explicó que la exposición sería “dolorosa, perturbadora y atroz”. Al final no se realizó, pero más bien por las presiones de los ecologistas contra el impacto previsible de multitudes de turistas y los posibles atascos de tráfico, y porque los historiadores explicaron que se destruirían “importantes lugares de batalla”. O sea, que no se hizo por la objeción al lugar propuesto, no al significado intrínseco del proyecto. Y es que, tal y como plantea Trouillot, “la denuncia de la esclavitud de modo presentista” es una forma anacrónica de vivir el pasado, si no se conecta con el presente racista. En suma, las representaciones históricas, sean los libros, las exposiciones comerciales o las conmemoraciones públicas, no sólo sirven para transmitir el conocimiento de los hechos, sino también pueden establecer algún tipo de relación con el presente, y este es el punto donde interviene el poder, según Trouillot.

En efecto, en el entramado de agentes, actores y sujetos de los procesos históricos es donde se genera el poder desigual en la producción de fuentes, de archivos y de narrativas,

también de los silencios. Estos se producen en cuatro momentos: en la misma creación del hecho histórico, al elaborarse las respectivas fuentes; en la organización de los archivos, que dan un ensamblaje determinado a los hechos; en el momento de la recuperación por los historiadores de los hechos para construir unos determinados relatos; y, por último, en el momento en que se otorga una importancia retrospectiva a esos hechos, que es cuando ya la historia los convierte en fechas, nombres, momentos históricos de relevancia científica o social.

Estas cuestiones se desglosan de modo concreto en los capítulos 2 y 3, a propósito de la Revolución haitiana. Primero se expone la “gloria y silencios en la Revolución haitiana”, y luego la “historia impensable” de una revolución que en la historiografía occidental se ha convertido en un “no acontecimiento”. Así, la rebelión de esclavos del norte de Santo Domingo de agosto de 1791 que se transformó en una revolución que tardó trece años en triunfar cuando logró la independencia de Haití en enero de 1804, desafió las pretensiones universalistas de la Ilustración y directamente de las revoluciones francesa y americana. De hecho, los principios de la filosofía política de la igualdad que se plasmaron en Santo Domingo/Haití entre 1791 y 1804 no alcanzaron el rango de derechos aceptados por la opinión pública mundial hasta después de la II Guerra Mundial.

Conviene recordar que a la altura de 1791 apenas podría ser considerados “libres” en el sentido actual del término un cinco por ciento de los 800 millones de habitantes que aproximadamente tenía entonces el planeta. Lo cierto es que emergió un “Estado negro” moderno, impensable hasta bien entrado el siglo XX. Era la refutación viva y concreta de una visión del mundo vertebrada en torno a la hegemonía blanca como hecho natural. Por eso esta revolución sufrió un “borrado” y una “trivialización” en la historiografía y en el pensamiento occidental. Trouillot atinadamente subraya cómo las historiografías occidentales se han desarrollado tan fuertemente marcadas por sus intereses nacionales, incluso nacionalistas con frecuencia, que no resulta extraño el silencio o la infravaloración de la Revolución haitiana. Esto ocurre no sólo en libros de texto u obras divulgativas, sino que desgraciadamente se comprueba en obras de historiadores considerados modelos a seguir. Así, Eric Hobsbawm, al que nuestro autor sitúa literalmente en la “extrema izquierda de la historiografía académica occidental”, reduce la Revolución haitiana a una nota a pie de página y a dos líneas en su manual sobre la “Era de las Revoluciones” (p. 83).

Una prueba evidente del poder del archivo, por un lado, y del poder del historiador de decidir lo que es y lo que no es un objeto de investigación y, por tanto, de mención. Son procedimientos que Trouillot aplica también en el capítulo 4 cuando examina la historiografía en torno al 12 de octubre de 1492 y a sus protagonistas, Colón y Castilla. Aporta páginas clarividentes que deberían ser de lectura obligatoria para los historiadores porque nos retan a una lectura y debate sin prejuicios ni ofuscaciones nacionales. Es un buen ejemplo de una historia desorganizada por los propios sujetos que la viven, desde las poblaciones indígenas hasta los españoles o los europeos. El hecho es que el “verdadero Colón no dispondría de una lectura final de los acontecimientos que generó”. Genovés de nacimiento, mediterráneo por entrenamiento, castellano por necesidad, Colón “no tuvo la última palabra”, pues ni siquiera en su diario de viaje, cuando anotó que vio por primera vez tierra el jueves, 11 de octubre de 1492, solo añade que “a las dos horas después de medianoche pareció la tierra... amainaron todas la velas, temporalizando hasta el día viernes”, cuando ya pusieron pie en tierra y descendieron. O sea, que Colón ni siquiera puso en su diario una entrada separada para el viernes 12 de octubre de 1492. Sin embargo, ahí andamos nosotros discutiendo si el 12 de octubre debe ser fiesta nacional en España, o no... ¿porque el pasado no vuelve, está presente?

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN
Universidad de Castilla-La Mancha
Juansisinio.perez@uclm.es